

éste y dedicarse simplemente a ganar la guerra. Se le debe agradecer un realismo cínico cuando dice: «Sospecho que hay muchos muertos también cargados sobre nuestras espaldas». Ciertamente, el bombardeo de Bremen y el de bombas de fósforo en Hamburgo no son hechos menores en las matanzas de civiles, aunque estuvieran realizados por un pueblo que soportó Coventry —de donde se obtuvo el verbo «coventrizar»— y las V-2 inventadas y disparadas por Von Braun, hoy héroe respetado, glorificado y ensalzado de la humanidad porque aquel crimen de guerra obtuvo los principios esenciales que han permitido la llegada del americano a la Luna.

Ciertamente, la comparación de las matanzas del Vietnam con los crímenes de guerra nazis es abusiva. En un cierto sentido son mucho peores. Las doctrinas nazis ensalzaban la violencia, el dominio por la fuerza. Las SS llevaban una calavera en su uniforme y en sus estandartes. Proclamaban un imperio «de dos mil años» y la supremacía de una raza. Se sabía a qué atenerse. Era preciso estar frente a ellos o asumir el papel de asesinos o de cómplices. En cambio, las doctrinas político-filosóficas de los Estados Unidos están basadas en la falaz idea del «mundo libre», en la farsa de la defensa de un pueblo amenazado, en la inconsciencia del «imperio accidental», de la Carta de San Francisco. Puede un ciudadano de los Estados Unidos —o del imperio americano— adormecerse una noche con la conciencia tranquila por su espíritu de misión y encontrarse, al despertar, que su periódico le explica que tiene las manos manchadas de sangre. Es posible que para ello haya sido necesario adormecer la conciencia con ciertos barbitúricos mentales. El «Tribunal Russell» se reunió hace ahora tres años —en noviembre de 1966— y denunció explícita y largamente los crímenes de guerra en el Vietnam. En el Tribunal Russell se respondió «Sí» por unanimidad a estas preguntas: «¿Son sometidos los prisioneros de guerra hechos en el Vietnam por las fuerzas armadas de los Estados Unidos a tratos prohibidos por las leyes de guerra?». «¿Las fuerzas armadas de los Estados Unidos someten a las poblaciones civiles a tratos inhumanos y prohibidos por las leyes de guerra?». «¿El gobierno de los Estados Unidos es culpable de genocidio con el pueblo vietnamita?». En el llamamiento final de Dave Dellinger se contenía este párrafo: «El Tribunal se dirige al pueblo americano para pedirle que detenga en su origen una agresión monstruosa. Le pide que termine el genocidio. Y, volviéndose a los pueblos del mundo entero, les invita a reaccionar. ¡Rehusad cometer los crímenes cuya prueba acaba de darse aquí mismo! ¡Rehusad ser sus cómplices! Pasad, en fin, a la acción para detenerlos, en nombre de la Humanidad, en nombre de la solidaridad con nuestros hermanos vietnamitas y con todos los pueblos cuya existencia está amenazada». Los Tribunales de Nuremberg —y los posteriores juicios contra criminales de guerra— se han negado a admitir la disculpa del «Yo no sabía lo que estaba pasando». Y, sin embargo, esto era posible en una sociedad cerrada como la de la Alemania nazi. No lo es una sociedad que se proclama abierta como la de los Estados Unidos. En este tipo de sociedad, la contradicción es grave. Puede saberse todo, puede reaccionarse contra todo. Las manifestaciones, las protestas, los pliegos de firmas, los actos como «La marcha de los muertos» y el «Mortarium Day» son posibles: en una sociedad cerrada como la nazi no hubiesen podido tener lugar y sus organizadores hubieran sido asesinados sin dilación. Pero el drama contradictorio de la sociedad supuestamente abierta es que estos actos libres y consentidos no consiguen percutir sobre la acción totalitaria del gobierno. Nixon ha rechazado sucesivas veces que estas demostraciones de la conciencia pública puedan hacerle modificar su política. Una de sus más recientes frases es la de que seguirá sosteniendo las tropas americanas en el Vietnam porque, de otra forma, «nuestros aliados perderían confianza en América». ¿Dónde está, ahora, esa confianza? ¿Quién se puede sentir noblemente aliado de las matanzas efectuadas por soldados regulares, mandados regularmente por un primer teniente y por un sargento?

Es indudable que la acusación directa contra los Estados Unidos por los desastres de la guerra sería también, y a su vez, maniquea. El problema está en la guerra en sí, y en cierto tipo de guerras, muy especialmente en las guerras de tipo colonial —o neocolonial, que es una equivalencia—, donde el genocidio forma parte del proyecto. Sartre sistematizaba una denuncia: el «chantaje genocidal» se extiende a todo el género humano, apoyándose sobre el chantaje de la guerra atómica, «es decir, al absoluto de la guerra total, y ese crimen, perpetrado todos los días bajo todas las miradas, hace de todos aquellos que no lo denuncian los cómplices de los que lo cometen, quienes, para someterlos mejor, comienzan por degradarnos. En este sentido, el genocidio imperialista no puede más que irse radicalizando, porque el grupo que se quiere alcanzar y aterrorizar, a través de la nación vietnamita, es el grupo humano entero».



SUPERVIVIENTES, TESTIGOS DE LA MATANZA.

## LOS ASESINOS DE VIETNAM

### Matanza en My-Lai

La compañía C del primer batallón del 20 regimiento de Infantería de los Estados Unidos sufrió una baja el 15 de marzo de 1968 en el frente de Vietnam. Los soldados pidieron a su capitán entrar en lucha inmediatamente. El capitán les dijo: «Mañana tendréis ocasión de emplear vuestras armas». Al día siguiente, la compañía C, mandada por el primer teniente William L. Calley, de veintiséis años, y por el sargento David Mitchell, de veintinueve, entró en el pueblo de My-Lai, un pequeño «pinkville» —«pueblo-clavel», nombre dado en el argot militar de Vietnam a las agrupaciones de viviendas en una zona pequeña—, con las ametralladoras montadas. El periodista Ronald Haerberle formaba parte del destacamento. De su testimonio de lo que ocurrió se pueden tomar algunas frases. Un campesino vietnamita, que llevaba en sus brazos a dos niños, en señal de paz y bienvenida, se acercó al grupo militar. Las ametralladoras les apuntaron. Un niño gritó en inglés: «¡No, no!». «Crepitó una ametralladora y los tres fueron derribados por la ráfaga». Los militares americanos ordenaron a los habitantes del pueblo que se concentraran en la plaza. «Un numeroso grupo de mujeres, con niños pequeños, estaba frente a la ametralladora. El soldado apretó el gatillo y comenzó a disparar, mientras el grupo corría intentando escapar». «Los soldados se acercaron al montón de caídos y encontraron un hombre que todavía vivía. Fue rematado». «Vi a dos chiquillos, uno de los cuales tendría cuatro o cinco años. Un soldado hizo fuego con el fusil M-16. El chico mayor se echó al suelo y protegió con su cuerpo al más pequeño. El soldado hizo fuego seis veces más». «Un soldado cogió por la muñeca a una chica y comenzó a desnudarla, mien-

tras otros soldados mantenían alejada a su madre, dándole golpes. La chica tendría unos trece años. Se disponían luego a matarlas cuando gritó: «¡Espera!», como si quisiera hacer una fotografía. Las víctimas suplicaban, lloraban y sus cuerpos temblaban. Me volví de espaldas, porque no podía mirar. Los disparos acabaron con ellas. Fui incapaz de tomar una foto. Aquello era demasiado». El periodista Haerberle consideró entonces que no debía publicar su relato. Lo envió con las fotos como prueba al Departamento de Investigación Criminal del Ejército. No obtuvo respuesta jamás. Ahora lo ha hecho público en el «Cleveland Plain Dealer», que ha resistido la presión de las autoridades, que intentaban que el reportaje no fuese publicado. Por su parte, el Presidente de Vietnam del Sur, Nguyen Van Thieu, ha ordenado una investigación, que dirigirá el general Xuan Lan. Por primera vez un portavoz del Pentágono ha declarado que desde hace un año se está investigando el «suceso». En Saigón, fuentes oficiales de los Estados Unidos prometen que se hará justicia «con respecto a los intereses de los Estados Unidos». Un portavoz militar de Washington dice que las cifras de asesinados parecen «exageradas». Esta cifra se situaba en 567 civiles muertos. Otra cifra rebaja la anterior a 370. Algunos supervivientes de la matanza se ofrecen como testigos para corroborar las declaraciones del periodista. El teniente Calley está detenido en Fort Benning acusado de asesinato, y el sargento Mitchell, de «salto con intento de matar». El expediente designa a las víctimas como «un número no especificado de civiles vietnamitas». El relato ha hecho un terrible impacto en las conciencias de los ciudadanos norteamericanos.